

EL LIBRO DE LOS SUSURROS

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Instituto Cultural Rumano, dentro del programa de subvenciones para la traducción y edición.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA RUMANA
Cartea șoaptelor

Primera edición: diciembre de 2010

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Barcă pe Dumăre, 1926*
(Garabet Vosgianian, en imagen central, con su familia),

© de la traducción y notas: Joaquín Garrigós, 2010

© Varujan Vosgianian, 2010

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2010

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-92913-84-8 • DEPOSITO LEGAL: S-¿?-2010

IMPRESA KADMOS

UNO

Yo soy, sobre todo, lo que no he podido realizar.

La más auténtica de las vidas que llevo, como un puñado de serpientes anudadas por un extremo, es la vida no vivida. Soy un hombre que ha vivido lo indecible en este mundo. Y que precisamente por eso no ha vivido.

Mis padres están vivos. Significa que yo todavía no he nacido del todo. Ellos todavía pulen poquito a poco mis hombros angulosos. Todavía vierten alma en mi pecho, que cambia su perfil, al igual que las ánforas de los antiguos griegos tomaban la forma del vino que se espesaba en su interior. Todavía retocan mi rostro cobrizo.

Como todavía no he nacido del todo, la muerte aún está lejos. Soy tan joven que podría amarla, como a una mujer hermosa.

Mi primer maestro fue un ángel viejo. Quien nos hubiese contemplado de lejos, al fondo del patio, habría visto a un niño sentado al pie de un gigantesco nogal. En realidad, yo me sentaba a los pies de aquel ángel viejo que era mi maestro. Su sombra olía a yodo y mis dedos, al escribir, se manchaban con sus sombras, como sangre cuajada. Todavía no sabía de quién era la herida, si mía o suya.

De él aprendí que el nombre no tiene ninguna utilidad. Ni siquiera el mío; había de escribirlo sin mayúsculas, como el nombre de un árbol o un animal. Entre nosotros nos co-

municábamos sin palabras y eso estaba bien, era como correr descalzo por la yerba. No quedan huellas, por eso andar por la yerba no es pecado. Tiraba las sandalias y corría por el campo que bordeaba la ciudad. Su sombra se cernía sobre la mía y éramos felices.

Cierto día, el ángel viejo desapareció. Miré perplejo el nogal, su grueso tronco y las jugosas hojas. En las ramas se habían posado los pájaros. En otoño, el viento las había sacudido y las nueces habían caído al suelo. Les partí la cáscara y me las comí. Eran sabrosas. Comí de su cuerpo. Desde entonces ya no he vuelto a buscar al ángel viejo. Quedó solamente el olor a yodo y, algunas veces, aún veo huellas de una tonalidad entre negra y verdosa en los dedos. Señal de que, por debajo, la carne todavía no está curada.

El Focşani de mi infancia era una ciudad de calles anchas y casas imponentes. A medida que yo crecía, las calles se estrechaban y las casas encogían. Realmente, así había sido siempre pero mis ojos de niño les daban, como a todo, proporciones enormes válidas sólo para mí. En los cimientos de los edificios y en las pilastras de los porches no tendrían que haber puesto vigas de madera seca, sino troncos vivos. De esta manera, las casas habrían crecido a la vez que los hombres, el mundo no menguaría y el tiempo no se acortaría.

Pocas cosas han cambiado desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy. En nuestro barrio, al este de la ciudad, las calles sin adoquinar y las aceras, tres cuartos de lo mismo, se diferenciaban de la calzada por un bordillo de piedra de un palmo de alto. Las vallas eran de madera, a veces recién pintadas. Por regla general, los listones eran desiguales y se clavaban unos sobre otros, sin pintar o encalados. Al pie de las vallas crecía manzanilla, cuyas pequeñas y perfumadas flores recogíamos en otoño. La abuela las ponía en el patio a

secar, para las tisanas curativas del invierno, igual que hacía con los albaricoques partidos por la mitad en verano y, algo más tarde, con las ciruelas y las rodajas de manzana. Las frutas secas quitaban el hambre, pues se mascaban largo rato. Y si uno tenía paciencia para masticarlas lo suficiente, acababan sabiendo a carne.

Nuestra calle era corta. Tenía únicamente diez casas y, en la esquina, se alzaban los muros de una fábrica de hielo a la que denominábamos «Frigorífico». La calle se llamaba 6 de Marzo de 1945. En la placa se había añadido una explicación: *Instauración del primer gobierno democrático*. Tras la revolución de 1989, cuando a los del ayuntamiento no les pareció tan democrático el gobierno de 1945, se cambió el nombre de la calle a Jiliște por motivos que desconozco. Por aquel entonces envié una carta a casa. Llegó varios meses después. El correo la expidió primero, pues le pareció más cómodo, a la misma provincia de Vrancea, pero al pueblo de Jiliște. La sangre corre más lenta que el tiempo. Por eso es tan difícil sacudirse de encima las costumbres. Más inspirada resultó otra denominación, a unas pocas manzanas de allí: calle *Revoluției*. Después de 1989 ese nombre permaneció inalterable. Cada cual pensó en la revolución que había sido de su agrado.

Cuando llovía, en nuestra calle confluían arroyuelos que desaguaban unos en otros. Aprendí la palabra que denominaba aquellos cauces donde, cuando el calor apretaba, la tierra se volvía fina como el polvo. Los cauces se llamaban «cunetas». Las cáscaras de nuez eran las naves que surcaban los arroyuelos rápidos de la cuneta. En ellas apelonábamos cieno caliente como un amasijo y le clavábamos plumas de pavo a modo de mástiles.

Pocas veces pasaban coches. Sin embargo, sí aparecían carros con bidones de aluminio llenos de leche. Al doblar la calle había un centro de recogida y elaboración de leche. Los

carros se colocaban en fila, cada uno con sus bidones. Nos encaramábamos en los extremos del eje y marchábamos un trecho montados allí. Algún que otro carretero, de malas pulgas porque no le habían salido las cuentas de la leche, nos soltaba un latigazo en la espalda. Entonces saltábamos del carro y él jaleaba y arreaba a los caballos.

En aquella época no había bloques de viviendas en la ciudad y las casas con pisos se contaban con los dedos de la mano. De piso y buhardilla fueron las tiendas de los judíos de la calle Mayor. En el terremoto de 1940, las plantas superiores se derrumbaron y las tiendas quedaron aplastadas y estrujadas unas contra otras.

La gente de nuestro barrio era pobre. Tampoco nosotros teníamos mucho de qué presumir, mis padres simplemente eran personas con estudios, ingenieros. Los periódicos llegaban de tarde en tarde, nos enterábamos de las novedades por los noticieros del cine y por el altavoz, una caja amarilla en la pared que te volvía tarumba con boletines informativos, música folclórica y coros patrióticos. Cuando doña Maria, la vecina de enfrente, se compró un televisor dio pie a un sonoro acontecimiento en nuestra calle. El televisor, marca Rubin, era igual que todas las cosas de aquel tiempo, ruso. Tenía una pantalla como un plato. En las noches calurosas, doña Maria lo sacaba al patio y acudíamos todos con la silla de casa. Yo me dormía enseguida, acurrucado en mi asiento, pero me sentía orgulloso, como una persona mayor. Lo que sí veía totalmente espabilado y de principio a fin, pues se retransmitían a la hora de comer, eran los entierros: el de Leontin Sălăjan, ministro del Ejército, luego el de Gheorghie Gheorghiu-Dej.¹ Durante horas y horas, el barrio estuvo viendo con más curiosidad que pesar el cortejo fúnebre, be-

¹ Secretario general del Partido Comunista Rumano, fallecido en 1965.

biendo *țuică*¹ y haciendo comentarios, como en el fútbol. Se-
mejantes entierros eran más bien raros, al gusto de mi abuelo
Garabet y, sobre todo, de su cuñado Sahag Șeitanian. Aparte
de eso, no sucedía casi nada en nuestro barrio.

Entretanto, desapareció el fuego. Se retiró zumbando a
los cables eléctricos, se escondió en las paredes y se enterró
en el suelo. Pero en mi infancia el fuego surgía constante-
mente. La llama juguetona de la vela o la quieta del quinqué.
El titileo rojizo de las brasas de la estufa. El fuego debajo del
caldero donde borboteaba la mermelada de ciruelas. O el
de la caldera ennegrecida donde hervía el alquitrán para los
cartones de las techumbres, o donde se fundía manteca a
fin de hacer jabón de lavar. La llama irrespirable de las hojas
quemadas en primavera. Por aquel entonces las noches eran
más largas y fecundas, la luz más escasa y las sombras más
vivaces. En el juego de las sombras proyectadas en las pare-
des, muchos fantasmas parecían reales. El fuego era una cria-
tura viva, se sentaba a nuestro lado en la mesa, nos corría por
los hombros con sus sombras, nos alargaba la cara y nos hun-
día la mirada. Muchos cuentos, desde aquellas paredes mo-
vedizas, después de escucharlos, volvían a relatarse ellos solos.
Por eso, mi infancia fue más libre y rica. Incluso los muer-
tos estaban más a gusto así.

Otros acompañantes de mi infancia fueron los olores. De
todos los sentidos, el del olfato es el más cargado de memo-
ria. Basta abrir una puerta por la que penetre un aroma fa-
miliar para que volvamos a evocar todos los acontecimientos
ligados a esa sensación. Una vida entera podría describirse
a través de sus aromas. De igual forma podría narrarse tam-
bién mi infancia.

¹ Aguardiente de ciruelas de muy alta graduación, muy popular en Rumania.

Antes que nada, estaba el olor de la masa caliente. Si tuviese que concentrar mi niñez entera en una única forma de la materia, diría «masa». Para ser más exactos, la masa caliente de la escudilla de mi abuela. Crecía de la noche a la mañana como un ser vivo. Me tenía fascinado. Y tan ligado a la vida que crecía en ella, que me parecía que los movimientos de las manos que la amasaban le causaban dolor. Sólo me tranquilizaba cuando veía a mi abuela Arşaluis, cuyo nombre significa «aurora», y a su hermana Armenuhi extenderla y acariciarla hasta transformarla en delgadas láminas. Las mujeres ponían sábanas tensas sobre las camas y mesas y en ellas extendían las finas hojas de masa para la *baclava*.¹

Aquellas noches dormíamos apretujados en los divanes. No había que incomodar a las láminas con movimientos ni ruidos. Pasábamos junto a ellas con sumo cuidado y hablábamos en voz baja. De vez en cuando mi abuela se despertaba y, a la luz del quinqué, las untaba con aceite mezclado con huevo. Por la mañana, secas como plaquitas de arcilla y crujientes como el heno del año, se colocaban una sobre otra. Entre ellas se espolvoreaba nuez machacada y, por encima, se derramaba almíbar caliente. Los márgenes se cortaban de suerte que las láminas tomaran la forma de las bandejas, que enrojecían lentamente en el horno. Los domingos, a mediodía, mi abuelo Garabet cortaba la *baclava* con un cuchillo largo y repartía sendas porciones iguales a todos.

Ese mismo cuchillo se utilizaba para cortar la carne seca de res, a la que llamábamos en turco *pastârma*. La carne se colgaba en el alero de la casa para que el viento la secase y la luz la ablandase. «El del viento es el mejor gusto de todos. Es menester saber cómo dejar que penetre en los alimentos», decía el abuelo. La carne seca se ponía a reblandecer en una

¹ Pastel de hojaldre, nueces o almendras y miel.

pasta llamada *cemen*, que se enviaba precisamente desde Ereván. El abuelo cogía el cuchillo y cortaba la primera tajada. Salíamos al patio y mirábamos al trasluz de la loncha de carne rojiza. «No se ve la luna», decíamos. Y de nuevo el abuelo: «Entonces no está bien». Afilaba el cuchillo en una piedra húmeda y cortaba otra loncha. La carne fina, atravesada por los rayos de la luna, cobraba un color amarillento. «Ahora sí que se ve», decíamos. «Entonces está bien», consideraba el abuelo. «La luz y el viento son los que dan más gusto si se toman a la vez. Así la fruta madura bien y la carne se corta como se debe.»

El olor de la fruta impregnaba toda la casa. Sobre todo en Año Nuevo, cuando los armenios todavía están con el ayuno de la Navidad y se hierve en cazuelas grandes *anuş-abur*, que traducido significaría «sopa dulce». Es una especie de *colivā*,¹ sólo que el trigo hervido se mezcla con toda clase de frutas: higos, dátiles, pasas, nueces y naranjas. Y por encima se espolvorea con canela molida.

Seguidamente estaba el olor de los escondites. Lugares ocultos, umbríos o a la vista, pero que en contadas ocasiones se abrían y, más apetecibles, los lugares prohibidos. Sin escondites que revolver, la niñez carece de sentido. En realidad, sólo vale la pena ver lo que está oculto. El olor de los escondites se une al silencio, que también tiene sus olores. Primero, los armarios roperos debajo de los cuales se colocaban, dobladas, las mantas y los colchones. En el armario de la abuela se guardaban únicamente las prendas gruesas de ropa, los abrigos, que olían a naftalina; incluso algunos habían pertenecido a mi bisabuela Heggine Terzian. De la ropa de mi bisabuelo no se pudo conservar nada, todo se quedó en una calle de Constantinopla desde donde se veía la puesta

¹ La *colivā* es un preparado de trigo hervido mezclado con nueces y azúcar que se reparte con ocasión de la muerte de alguien.

de sol sobre el Bósforo. Huyeron una noche con lo puesto y con unos morrales en los que metieron, deprisa y corriendo, algunas cosas fáciles de vender. Corría el rumor de que en el puerto, en Pera, había atracado un vapor que acogía a refugiados armenios. Al subir al puente, en medio de una multitud aturdida y aterrada, mi bisabuelo cayó de rodillas y, acto seguido, se desplomó boca abajo mientras tenía agarradas de la mano a sus dos hijas. Le dieron la vuelta, le cerraron los ojos y le desasieron las manos. Lo velaron con un cabo de vela que Dios sabe de dónde sacarían. No fue el único en exhalar su último suspiro en medio del barullo y el terror de entonces. Antes de llegar a Constanza, el capitán ordenó que todos los muertos fuesen arrojados al mar. Eso hizo que el mar Negro se convirtiese en la tumba movediza de mi bisabuelo Baghdasar Terzian.

Luego venía el armario de los libros. Mi abuelo Garabet conocía casi todos los alfabetos: latino, cirílico, griego y árabe. «Para que no te equivoques. El alfabeto es el principio, por eso se le llama “alfabeto”. Puedes empezar por donde quieras, a condición de que logres desentrañar el principio», decía. Mi abuelo desentrañó los principios, pero lió los finales. Cuando estaba en su lecho de muerte, nos llamaron a nosotros, los niños, para que fuésemos a verlo. No entendí lo que decía. Parecía tranquilo y hablaba con sabiduría. Pero no podía entenderlo. Después, mi padre me explicó que el abuelo nos había hablado mezclando los idiomas: persa, árabe, turco, ruso y armenio. Todas las tierras conocidas en su infancia y adolescencia resucitaron en él. Igual que cuando uno se apresta a irse agarra lo primero que le viene a mano, él, antes de marcharse de este mundo, agarraba al azar las palabras.

Con los libros, lo mismo. Había libros en turco, en caracteres del antiguo alfabeto, orientales, manuales de dibujo

en inglés y ediciones antiguas del Larousse. El abuelo hojeaba de cuando en cuando un espléndido libro de alfombras en alemán. «Nuestras alfombras son como la Biblia. En ellas se halla todo, desde los inicios hasta hoy.» Buscábamos juntos las caras del mundo. «Aquí está el ojo de Dios», adivinaba yo y él asentía. «Y éste es un ángel.» «No es ángel. Es viejo, debe de ser un arcángel. Quizá Rafael, que es el más viejo de todos.» Me habría gustado hablarle del ángel viejo del patio que en verano olía a yodo y en invierno se lavaba los pies descalzos en la nieve. Pero comprendí que los hombres que no hayan vivido una infancia sin miedo no han podido conocer ángeles viejos. Y mi abuelo llegaba a la página de la que se sentía más orgulloso: la alfombra tejida por él mismo. Aquella alfombra se hallaba en nuestra habitación, la de los niños, y ahora está en la de mi hija Armine. «Es importante tener encima de la cabeza un techo sólido y debajo de los pies una alfombra gruesa», afirmaba el abuelo. Nuestra alfombra persa era compacta, trabajada a mano y con muchos nudos. «Una alfombra ha de ser lo bastante gruesa para que, cuando la enrolles, parezca el tronco de un árbol del mismo grosor», explicaba. Nuestra alfombra pasó por la historia, y no de cualquier manera. En agosto de 1944, el ejército soviético entró en la ciudad de Focşani. Tres oficiales se alojaron en nuestra casa. Estuvieron bebiendo toda la noche y se emborracharon como cubas. Mi abuelo y su cuñado, Sahag Şeitanián, el marido de la tía Armenuhi, permanecieron despiertos y en guardia hasta el amanecer, saltando cada vez que uno de los rusos tiraba una colilla encendida en la alfombra. Entre empujones y denuestos, Garabet y Sahag recogieron todas las colillas. Apenas si quedaron dos o tres señales que se ven todavía hoy. Mi abuelo tenía una visión directamente kantiana del mundo: el techo encima de la cabeza, el altar ante los ojos y la alfombra mullida bajo los pies.

No podía leer todos los libros de la casa. Pero los conocía por el olor. El abuelo Garabet me había enseñado a reconocerlos así. Un buen libro huele de cierta manera. Encuadernado en piel desprende un olor casi humano. Algunas veces, sin darme cuenta me pongo a olfatear los libros en una librería. «Ni que estuviera ciego», decía yo. «¿Y qué pasa si lo estuvieras?», replicaba encogiéndose de hombros el abuelo Garabet. «De todo cuanto eres, los ojos son lo menos tuyo. La luz es como un pájaro que pone los huevos en nido ajeno.»

Comprendí los libros, antes que nada, palpándolos y oliéndolos. No era yo el único. Entre las hojas veía algunas veces un insecto rojizo. «No lo mates», me prohibía mi abuelo. «Es un escorpión de libros. Cada mundo ha de tener sus bichos. El libro también es un mundo. Los bichos están destinados a alimentarse de los pecados y errores del mundo. Eso mismo pasa con este escorpión: corrige los errores del libro.» Durante mucho tiempo no lo creí. Sin embargo, ahora, el narrador soy yo, una especie de escriba que quiere enmendar los viejos errores. Por ello, soy un escorpión de libros.

Y luego el otro olor, el que llevó mi niñez a lejanos confines entre los aromas de Oriente: el del café. Este oficio lo trajeron mis abuelos de su Anatolia natal. Preparaban el café de forma natural, igual que el alfarero sabe por el gusto si el barro es bueno o no para modelar. Lo preparaban con finura y desdénaban a quienes tomaban café sin conocer su razón de ser.

Para empezar, mis abuelos no compraban el café tostado ni (¡Dios no lo quiera!) molido. Teníamos una cacerola de cobre ennegrecida por tantos tuestes. En la tapa había cierto mecanismo que se ponía en movimiento por medio de una manivela y que hacía el tueste de los granos lo más uniforme posible. Esta operación, a fuego lento, duraba más o menos una hora. Cuanto conseguíamos nosotros, los niños, eran

los granos tostados. Los chupábamos como si fueran caramelos y, cuando el sabor se perdía, los masticábamos y tragábamos.

Seguía la molienda. Todavía hoy, en las colecciones de gente hortera, veo esos molinillos cilíndricos de tapa puntiaguda, dorados y con arabescos, al lado de otros utensilios ya inútiles, como los samovares o las planchas de carbón. En mi niñez, el molinillo era un miembro de la familia. La molienda duraba mucho. Los viejos se reunían en el patio. Mi abuela ponía cojines blandos en los bancos de madera con brazos de hierro forjado. Molían por turnos, contando mentalmente hasta cien. El que molía no intervenía en la conversación para no perder el hilo. Pero si terciaba en ella, significaba que se trataba de algo serio. Me parece estar viéndolos al pie del albaricoquero del patio: al abuelo Garabet Vosgianian, comedido, con su mirada de observador generoso del mundo; a Sahag Şeitanian, su cuñado, más inquieto y pendenciero; a Anton Merzian, el zapatero, que siempre contaba la misma historia sobre el rapto de su mujer, Zaruhi, cuando se la había llevado de casa de sus padres en Panciu. Aquel trayecto de veinte kilómetros hasta Focşani, recorrido a caballo cuarenta años antes, cobraba para el narrador la magnificencia de la huida a Egipto. Cada vez lo exageraba más, pues Zaruhi, sorda como una tapia, no podía llevarle la contraria. También estaba Krikor Minasian, el otro zapatero de la calle Mayor, con quien Anton Merzian se hallaba en encarnizada competición. Luego, Ohanes Krikorian y Arşag, el pelirrojo, el campanero de la iglesia armenia, cazador de pájaros. Y a su alrededor, las mujeres, entraditas en carnes, con las manos en el regazo y oliendo a colonia: Arşaluis, mi abuela, su hermana Armenuhi, Parantem, Zaruhi y Satenig.

La molienda requería cosa de mil quinientas vueltas. El molinillo se calentaba «hasta que ya no podía tenerlo uno en

la mano», decía mi abuelo. «Hasta que el café se pusiera como arena», añadía. Pero eso solamente lo decía cuando Sahag Şeitanian no estaba delante, pues a éste no le gustaba la arena.

Algunas veces, me pasaban el molinillo para que le diese vueltas a la manivela. El latón se ponía muy caliente y por las juntas salía el olor a café. De vez en cuando, el abuelo se espolvoreaba un poco en la mano y olfateaba con el aire que adoptan los detectives cuando capturan un alijo de narcóticos. A menudo, el abuelo ordenaba algún turno más y los viejos obedecían para que el polvo de tan agradable aroma fuese lo más fino posible.

El paso siguiente era hervir el café. El cazo tenía forma de cono truncado y una boca estrecha. «Para que se amontonen los vapores y silben», explicaba el abuelo. «Cuanta más presión agolpe los vapores, más gusto tendrá la infusión». De vez en cuando el contenido se mezclaba. En esto también existe una ley: el cazo se deja al fuego hasta que el líquido amenaza con romper a hervir. Entonces, se cogía la espuma con una cucharilla y se ponía en una de las tazas. Acto seguido, el cazo volvía a la llama. Y así sucesivamente, hasta que el café rompía a hervir, según las tazas que se hubiesen preparado. Me gustaba estar junto al abuelo cuando hervía el café. Era mañoso y astuto. Las cosas más extravagantes me las decía entonces. «Mientras uno hace el café puede decir cuanto le venga en gana. Todo se perdona. Al que se reúne alrededor del café no se le permite pelearse. Luego, es asunto suyo», decía. Era su momento de libertad. Entonces se parecía a mi ángel viejo.

Ahora pasemos a las tazas. Como muchas otras costumbres olvidadas del rito del café, ésta también se ha perdido. Hoy se bebe en toda clase de tazas, a menudo incluso en jícaras grandes de agua. Se bebe nescafé, que no deja posos y menos aún puede hacer espuma. Mi abuelo explicaba que

«la espuma movida con la cucharilla es el blasón del café». Las sillas ya no son mullidas ni se disponen en círculo, preparadas para la tertulia. La gente se toma el café de madrugada, cuando todavía no están del todo despiertos y no tienen ganas de hablar. Y para muchos, el café sólo es un pretexto para dar chupadas a un cigarro.

Las tazas de café eran pequeñas, de bonitos colores y hacían juego con el platillo. Al cazo se lo llamaba en turco *gezve* y a las tazas *fingean*. Todos los utensilios llevaban nombres turcos e incluso al café algunas veces lo nombraban en turco, *khaiife*. Seguramente, mis abuelos, que habían visto las mismas cosas en otro tiempo, en casa de sus padres y abuelos, a orillas del Bósforo o del Éufrates, habían mezclado las palabras y los recuerdos.

Los viejos de mi infancia tomaban el café a las seis de la tarde. El ceremonial de la preparación dirigía ya la conversación por una vía reposada. Se hacían sitio entre los cojines. Se bebían el café sin prisas, sorbiéndolo ruidosamente y chasqueando la lengua satisfechos. Era el momento en que, a pesar de las emigraciones, de los recuerdos sangrientos y del paso del tiempo, el mundo parecía inalterable y sosegado y las almas, reconciliadas.

El abuelo cogía el violín y tocaba, hasta que el poso se secaba en las tazas formando los más tortuosos trazos que pueda imaginarse. La abuela no adivinaba el futuro por aquellos posos, porque el abuelo aseguraba que lo que está escrito ha de suceder en cualquier caso. Y las desgracias le tocan en suerte al mundo como la hierba o la lluvia. Y si uno intenta evitarlas, suceden de todas formas, sólo que las arroja sobre espaldas ajenas. Y entonces, además de lo que uno ha de soportar, ha de cargar con un pecado más.

Ahora he de decir unas palabras sobre mi otro abuelo, el materno, Setrak Melichian. Era un hombre bueno y jovial.

Se conformaba con lo que la vida le daba. O con lo que le quitaba. Y si le quitó más que le dio, ¿quién iba a sacar la cuenta? Se encogía de hombros, entrechocaba las palmas y seguía riéndose. Como Esquilo en el campo de batalla de Salamina. Ésa era su filosofía, por encima del tiempo y los hombres. De lo contrario, solamente enfrentándose a sus propios recuerdos, habría perdido la razón.

La familia de mi madre era originaria de Persia. El primer antepasado identificable había sido una especie de príncipe cuyos dominios se extendían al este del lago Urmia, en la actual demarcación de Tabriz. Lo llamaban Melic, lo que en persa significa «príncipe». De allí procede el apellido de mi madre, Melichian, o sea, «hija de Melic».

El príncipe Melic se opuso a los turcos hasta que, comprendiendo que en la lucha no podría triunfar, reunió a su familia y sus bienes y se trasladó a las montañas de Karabaj, más al norte. Y de nuevo, empujado por los invasores, asentó los reales en las mesetas montañosas que rodean Erzerum. Esa historia data de hace más de trescientos años. Melic tuvo siete hijos varones. Todos ellos fundaron con sus familias un poblado que se llamó Zakar.

Mi abuelo Setrak jugaba conmigo. Hacíamos nudos a una cuerda y los contábamos. Algunas veces, me imaginaba la cuerda como una soga gruesa que colgara de una campana. Podía mecerla el viento o el brazo de algún viajero solitario. Entonces la campana sonaría. Así me imaginé siempre la campana, como la voz más apropiada de mi linaje. Cada nudo, del tamaño de un puño, sería uno de mis antepasados. La soga era, en realidad, una sarta de puños apretados. Luego, mi abuelo y yo reconstruíamos el árbol genealógico. Considerábamos que el primero era Melic. El nudo más próximo a la campana, tanto que la campana, a veces, sonaba como un caballo al galope. El siguiente sería mi antepasado Ha-

ciadur, un hombre audaz y rico que bajaba hasta Constantinopla a caballo. Los comerciantes lo conocían y lo invitaban a pasar. El abuelo nos hablaba del servicio de té de plata con asas doradas que tres generaciones utilizaron, y de la mirada de asombro de un mercader al ver que una sola persona podía llevar encima tantísimo dinero. Por otro lado, mi antepasado Haciadur era un hombre sobrio. Aunque pertenecían a una estirpe selecta, los miembros del linaje de los Melichian se contentaban con su ruda vida de pastores.

Mi bisabuelo David Melichian fue un hombre instruido. Estudió en Constantinopla, en el Robert College. Escribía poesía y tenía una caligrafía tan bella que gentes de los pueblos de alrededor e incluso de Erezum acudían a él para que les pusiese por escrito sus sanciones. David Melichian fue el dirigente de la comarca, lo que hoy sería una especie de alcalde. Cuando en la primavera de 1915 llegaron los jenízaros, lo metieron en una casa en construcción, con las paredes a medio levantar, y lo mataron a pedradas. Así también fueron muertos los notables armenios en otros lugares. Quizá por ello mis abuelos mencionasen menos el cielo que el techo cuando denominaban los costados del mundo. Un niño sin padres es como una casa sin techo. No hay nada peor que una casa sin techar; por ahí puede llegar la muerte.

Mi abuelo Setrak no sabía con exactitud el año de su nacimiento. Sólo se acordaba de haber nacido durante la siega y eso le parecía suficiente. Más tarde, cuando los años empezaron a cobrar sentido para él, diría que nació con el siglo. Era más fácil de llevar la cuenta.

Fueron cinco hermanos: dos varones y tres hembras. Macruhi, la mayor, se casó en Erzerum. Después estaba Harutiun, Maro, mi abuelo y la menor, Satenig. Macruhi murió durante las matanzas. Los soldados turcos se retiraron una noche y dejaron a las hordas kurdas saquear el convoy de los

deportados en el camino de Alepo. Macruhi y su marido fueron asesinados. De su hijo no volvió a saberse nada más.

El resto de la familia Melichian se negó a unirse a los convoyes que partían hasta Deir-ez-Zor y, cuando los soldados rodearon el pueblo, se llevaron a Maro junto a otras muchachas. Una noche logró fugarse y, antes de que sus guardianes notaran su ausencia, se arrojó a las aguas del Éufrates. En su recuerdo, el abuelo bautizó a su hija mayor con el mismo nombre, Maro.

Aquel día el abuelo se encontraba en Erzerum, en casa de unos parientes, junto a su abuela, la mujer de Haciadur. Al regresar, vieron el pueblo en llamas. Harutiun, el hermano mayor, salió a su encuentro y les contó los horrores que estaban sucediendo allí. Su abuela los persuadió a fin de que se marchasen; ella era demasiado vieja para poder seguirlos. Se ocultaron en el bosque. Pero, demasiado torpes para esconderse como es debido, fueron capturados. Esta parte el abuelo la contó sólo una vez en la vida. La sabemos por el primo Khoren, quien la escuchó en ciertas circunstancias y más tarde la refirió. De modo que el que mandaba a los jenízaros los hizo traer a su presencia y les ordenó que se arrodillasen. Sacó la cimitarra y mató a Harutiun. En armenio, Harutiun significa «resurrección». Quizá algún día, quién sabe...

Después se acercó al que habría de ser mi abuelo, que estaba llorando mirando al suelo. Le estiró del pelo hasta que el mozo no tuvo más remedio que mirarlo a la cara. «¡Fíjate bien!», ordenó el jefe dirigiéndole la vista hacia el pueblo que ardía a los pies de la colina y hacia el cadáver de su hermano. «¿Sabes cómo me llamo?». Con los ojos nublados por las lágrimas, mi abuelo negó con la cabeza. El jefe pronunció su nombre y le ordenó repetirlo. A renglón seguido, añadió: «¡Tú vas a vivir! Eres lo bastante mayor para entenderlo. ¡Les

dirás a todos quién soy yo y lo que os he hecho, a ti y a tu pueblo!». El abuelo no podía creer que fuera a escapar con vida. Tras recibir varias patadas del otro, que lo golpeó como a un perro vagabundo, se alejó, al principio incrédulo y luego poniendo en polvorosa sus pies trémulos, pero veloces, de muchachote. De aquel jefe se vengó de la única manera que podía: no lo olvidó, pero jamás pronunció su nombre.

No hubo noticia de que ninguno del pueblo escapase con vida. Salvo su hermana menor, Satenig, a quien buscó durante años, después de establecerse como comerciante en Craiova y en situación de poder pagar su búsqueda en los orfanatos de las congregaciones extranjeras. Transcurridos varios años, recibió respuesta de un orfanato de niñas, justamente de Alepo. Envío dinero para ella y para un acompañante. En el puerto de Constanza, a fin de convencerse de que mi abuelo era su hermano y confiársela, el acompañante lo obligó a soltar la retahíla de nombres de abuelos, padres y hermanos. Era una especie de obituario. Todos asesinados en una localidad de montaña junto a Erzerum. Una vez demostrado que lloraban a los mismos muertos, el acompañante se la confió. Satenig se casó más tarde con un comerciante de Brăila. Después se marchó a América donde murió. Yo solamente la conozco por fotos.

El abuelo se escondió donde pudo. Unos turcos decentes que habían conocido a su padre lo cobijaron en una cuadra, junto a los animales, y lo curaron del tifus. Había enfermado por el camino, comiendo donde y lo que podía, como las alimañas, y durmiendo encogido a la fría intemperie. Cuando estuvo restablecido, los turcos le dieron provisiones para el camino y un fez, a fin de que se lo pusiera y no levantara recelos ante ojos extraños. El abuelo se dirigió al sur, hacia el monte de Moisés, Musa Dagh, como se llama en turco. Había oído decir que en esa zona fondeaban bu-

ques franceses para recoger armenios fugitivos. Caminaba de noche, evitando los caminos, se ocultaba cuando percibía el galope de las hordas kurdas y eludía las rutas de los convoyes de deportados a los desiertos de Mesopotamia. Y el primo Khoren contaba que el abuelo se sentaba y lloraba, con el fez en el regazo, mirando las aguas del Éufrates, donde flotaban los cadáveres, aguas que se habían vuelto densas y rojizas, como trenzas, según debieron de ser en la Antigüedad las aguas de los ríos de Babilonia.¹ «¿No tiraste el fez?», le pregunté después de que mi abuela Sofia me contase el episodio del llanto en el Éufrates. «¿Por qué?», preguntó el abuelo. «Me lo habían dado unos turcos misericordiosos y, de cualquier manera, me protegía del sol. Me lo puse y seguí adelante. ¡Qué sabes tú! Tenía que vivir». Luego el abuelo se pinchó un dedo y me enseñó la gota de sangre. «Venga, que quiero verte a ti, ¿puedes hacer lo mismo?» Me daba miedo, pero también me avergonzaba mi temor. Con los ojos cerrados, lo dejé que me pinchara y me apreté el dedo para que no me doliera. Entonces apareció mi gota de sangre. «Yo soy viejo y tú eres un niño. Pero fíjate en que la sangre está igual de viva en ti y en mí. Eso es amor a la vida.» Algunas veces, el abuelo quería endulzar sus recuerdos y por eso hablaba de aquella forma rara sobre la sangre. Era un filósofo de la sangre. «La sangre es más indómita que la carne. Por eso se dice la llamada de la sangre o la maldición de la sangre.» O bien: «Cuando la sangre se cansa, te quitan el cayado. En otras palabras, la sangre es como un cayado interior. Cada hombre se apoya en su sangre». En otra ocasión, sentenciaba: «La sangre se revuelve siempre como un animal con el hocico húmedo, y te muerde. No se harta. No permita Dios que se harte». A veces me insuflaba ánimos: «No lo olvides, tu

¹ Alusión al Salmo 136.

sangre es como una espada que se clava en tierra». Quizá hubiese quedado algo de él para siempre a orillas del Éufrates y hablase con las aguas ensangrentadas. Los hombres, a menudo, hablan con sus pensamientos; mi abuelo Setrak hablaba con su propia sangre.

Tardó mucho en llegar a las faldas del monte Musa. Las luchas habían cesado y los buques que habían salvado a los últimos combatientes de las montañas hacía mucho que habían zarpado. Y entonces mi abuelo le dio la espalda al mar y volvió a subir hacia el norte, a Rusia. Un largo camino: Ereván, Tiflis y Rostov del Don.

Se dirigía hacia Europa. Ésa era la costumbre de la familia: que los jóvenes, como antiguamente hizo Pedro el Grande, viajasen a Europa a aprender oficios y a comportarse y hablar a la europea. Luego volvían a casa y se casaban. Así lograron escapar de la matanza varios de sus primos mayores de la estirpe de los Melichian: Oskian, Artur, Melcon, Calust, Nşan y Khoren. Por las cartas que se leían en tiempos bonancibles los domingos en la iglesia del pueblo de Zakar, mi abuelo se enteró de que éstos habían llegado a Rumania. Ahora también él se encaminaba allí, hacia el poniente. Entretanto, el mundo que lo rodeaba había cambiado. Veía soldados sin galones arrastrando sus mutilaciones, grupos aislados que se dispersaban al oír el galope de la policía imperial. Se acercaba la Revolución rusa.

Entre convoyes de soldados, carros de paisanos y pandillas de mendigos, el abuelo Setrak llegó a Odesa. Allí entró a trabajar en la barbería de un armenio que lo admitió como aprendiz, con idea de dejarle el negocio y casarlo con su hija. El abuelo barría el pelo cortado y lavaba las toallas. Cierta día llegó un joven a caballo que, tras atar al animal a la puerta, entró en la barbería. Cuando el abuelo iba a ponerle la sábanilla, sus miradas se encontraron en el espejo. Hay cosas

que la vida acomoda de tal forma que incluso a sí misma se desconcierta. Aquel joven era precisamente el primo Khoren, enviado por los otros primos tras la pista de los parientes. Khoren no esperó a que lo afeitaran. Quitándose la sabanilla, cogió al abuelo del brazo y le espetó: «¡Un Melichian no puede ser criado de nadie!». Y haciéndolo subir a lomos del caballo, detrás de él, partieron para Craiova, ya que el abuelo le había dicho, entre sollozos, que no tenía sentido continuar el camino hacia levante puesto que el resto de los Melichian estaban muertos. Incluso Satenig, añadió, sin sospechar el encuentro que tendría lugar con el correr de los años en el puerto de Constanza. Entonces relató, por única vez en su vida, la muerte de Harutiun, su hermano mayor.

Los primos hicieron una colecta y lo ayudaron a abrir una tienda de coloniales. Más adelante, gracias a su trabajo, el abuelo logró poner en marcha una cadena de tiendas. Construyó dos hileras de casas. En las fotografías aparece muy bien vestido: lleva sombrero de paja, reloj con cadena y pajarita. Con idéntica serenidad encaró las vicisitudes de la Historia. Como era un apátrida con pasaporte Nansen, los liberales le dieron, después de muchas dificultades, permiso para dedicarse al comercio. Unos legionarios lo tomaron por judío y, durante la rebelión legionaria,¹ faltó poco para que le quemaran los negocios. Los comunistas se lo quitaron todo y en un tris estuvo de acabar en la cárcel. Por suerte, durante la Segunda Guerra Mundial habría enviado gratis pan a los prisioneros soviéticos, entre los que se encontraban algunos armenios. Cuando el Ejército Rojo ocupó Craiova, un oficial que había sido prisionero de los alemanes se acordó de él y de ese modo se libró de la cárcel. Las pasó moradas

¹ Los legionarios eran los integrantes de la Legión del Arcángel San Miguel, partido de corte fascista y antisemita, también conocido como Guardia de Hierro. La rebelión a que alude el autor tuvo lugar en enero de 1941 y fue sofocada por el general Antonescu, socio de los legionarios en el gobierno de Rumania.

hasta llegar a la jubilación, trabajando como guarda nocturno en el liceo Hermanos Buzzești y desempeñando otros empleos parecidos que apenas si daban para no morir de hambre. No odió a nadie y aceptó siempre lo que el destino le envió. Era un anciano jovial y sensato, que no hizo mal a nadie y perdonó a cuantos le habían causado sufrimientos.

En sus últimos años, en Craiova, llevaba una vida sencilla. Por las mañanas, lo acompañaba al parque que rodea la iglesia de San Demetrio, donde se reunían cuatro hombres a jugar a las cartas. Uno de ellos era el señor coronel, cuyo nombre nunca supe. El señor coronel acudía con ropa elegante y bastón con empuñadura de plata. Había pasado muchos años en la cárcel por legionario. Los otros dos, de mandíbulas prominentes y vestidos con ropa muy estrecha, eran los camaradas Botrâncă y Butnaru. El primero se había jubilado del Consejo Popular y había sido uno de los que habían maquinado la detención de mi abuelo años atrás. Ahora, todos juntos, un comunista, un legionario, un comerciante y un proletario, jugaban a las cartas y discutían de medicinas y del tiempo. Ésa era su forma de reconciliarse, pasados los años, con la Historia. La partida de cartas era su Tratado de Postdam.

Por lo demás, especialmente los días fríos de invierno, mi abuelo materno Setrak Melichian entraba en contacto con el mundo. De madrugada, a las seis, escuchaba las noticias de Radio Bucarest. A las once, la emisión en lengua rumana de Radio Moscú. Antes de comer, cuando podía sintonizarla, Radio Tirana. Ésta era la que más le divertía. A las dos y media, La Voz de América en rumano y después Radio Libertad en armenio. Por la tarde, escuchaba a Emil Georgescu en Radio Europa Libre, en el programa «La actualidad rumana». Luego, a las siete, otra vez La Voz de América y, algo más tarde, las noticias de la BBC. Pasadas las diez de la noche, mientras se tomaba con los ojos semicerrados una infusión

de tila, escuchaba «Un día en una hora», en Radio Bucarest. Luego se volvía y me decía: «¿Lo ves? ¡Todo es mentira!». Al día siguiente vuelta a empezar. Y se reía dándose una palmada en las manos. Más de una historia sangrienta, atroz y adversa: Y se reía.

Fue un hombre muy sano. No molestó a nadie, ni siquiera con enfermedades. Murió de frío en el terrible invierno de 1985. Las llamas de gas apenas titilaban. Quizá a causa del frío, la sangre, su buena amiga, no tuviera más fuerzas para seguir corriendo. Llegué a tiempo de sacarle del bolsillo el rosario de huesos de oliva, que desde entonces llevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando lo metimos en el ataúd, su cuerpo era ligero, como el de un pajarillo.

CANCIÓN ALEATORIA. Mis abuelos, Garabet Vosganian y Setrak Melichian, comprendieron desde su siglo lo difícil que es morir en la misma tierra en que uno ha nacido. Los viejos armenios de mi infancia carecieron de una sepultura donde acudir para llorar a sus padres. Se las llevaron con ellos, dondequiera que vagaron, y, al igual que los judíos colocan el tabernáculo y levantan el templo alrededor, ellos, cuando hacían un alto, se descargaban las sepulturas de la espalda y allí erigían su casa.

A menudo los siento allí, en los cielos. A mi abuelo Garabet Vosganian, comedido y medido al hablar. A mi abuelo Setrak Melichian, sonriente y pasando las cuentas del rosario. Están jugando al *ghiulbahar*. «Los dados hay que moverlos bien dentro del puño para que sepan lo que uno quiere de ellos, a condición de que, en primer lugar, uno sepa lo que quiere. ¡Fíjate! ¡Uno y uno!», exclama el abuelo Garabet. El abuelo Setrak no se disgusta, sino que ríe y se inclina sobre los aleros. «Si has sacado uno y uno significa que volverá a haber guerra. Mira allá lejos.» En efecto, abajo, en alguna

parte, se divisaba una columna ascendente de humo negro. El abuelo Setrak se sopla en el puño y arroja los dados entornando los ojos. «¡Seis y seis!», ríe chasqueando las manos. «¿Lo ves?», exclama volviendo a mirar abajo. «Las nieblas se han disipado. Hay paz.» «Estás haciendo trampas», afirma con el ceño fruncido el abuelo Garabet. «La próxima vez te haré mover los dados en una taza.» «¡Vaya una que has hecho!», se burla el abuelo Setrak. «¡Cinco y cuatro! Eso no llega ni a un diluvio. ¡Fíjate!», y frunce los labios. «Tres y dos. Ahora sí que no va a pasar nada. Sin novedad.» «Dios nos libre de las novedades», sentencia el abuelo Garabet. Setrak contempla los dados con los ojos bien abiertos. «¿Y esto qué es? ¡Mira, han salido tu rostro y el mío!» «Los has confundido», dice el sensato Garabet. «Estos dados son viejos, de otros. Devuélveselos.» «¿A quién se los voy a devolver? ¡Si estamos solamente nosotros dos!» El abuelo Garabet se encoge de hombros. «Cuando nuestros rostros salen en los dados es inútil. Eso no vale.» Y siguen jugando, organizando con sus dados el mundo, las guerras, el nacimiento, las maravillas y, sobre todo, el calvario.

Me sentía protegido entre las formas del fuego, los aromas de la niñez, árboles y fantasmas.

No obstante, eran tiempos turbulentos. Algunas veces, el abuelo Garabet y nuestro vecino de patio, Sahag Şeitanian, hablaban en voz baja. Cierta día, en el patio de enfrente, apareció un anciano al que yo no conocía, Carol Spiegel. Durante una temporada, el viejo no pasó del patio; se sentaba en el diván contemplando el vacío. Después lo vi, entre los listones de la valla, ir hacia la puerta y mirar a lo largo de la calle. Una mañana, salió a barrer las hojas secas de la acera. Y al cabo de unos días más, pero al atardecer, se aventuró a llamar a nuestra puerta.